

2011 ha sido el año del gigante asiático, al tiempo que la bibliografía sobre el país no para de crecer en nuestras librerías. En su mensual 'Ensayo de lectura', Valentí Puig aborda un nuevo estudio y dos significativas recuperaciones, mientras que Antonio Lozano hace el perfil de Chan Koonchung, autor revelación con su distopía 'Años de prosperidad'

Richard McGregor
El partido
Traducción de Laura Vidal Sanz

TURNER
376 PÁGINAS
23,90 EUROS

Vicente Blasco Ibáñez
China

CADIR
252 PÁGINAS
12,50 EUROS

Ernest Fenollosa
Introducción a la cultura china

MELUSINA
128 PÁGINAS
10 EUROS

Tres jóvenes conversan ante un mural con la imagen de Deng Xiaoping en Shenzhen, a mediados del 2009

OLIVER WEIKEN / EFE



Ensayo de lectura

Tribulaciones del mundo en China

VALENTÍ PUIG

En la agenda geopolítica del 2011 la entidad económica china ha sido tan preponderante que aquel gigante que despertó hace ya tiempo escribe la historia a su antojo, determina los circuitos financieros que rigen el mundo a la velocidad de la luz, alterna el terror de bajo perfil con la xenofobia y la apertura, siempre económica pero raramente política. Se escriben y difunden libros sobre China, más que nunca. En el mercado mundial son recientes el libro de un *insider* tan eminente como Kissinger, una nueva biografía de Deng Xiaoping y un sinfín de libros de viajes, análisis económicos a favor o en contra del modelo chino, indagaciones sobre el autoritarismo de Pekín y tantos interrogantes sobre la posible alternativa de un mundo postoccidental. El 2011 ha sido un año especialmente indicado para percartarse de que el mundo depende en gran parte de China y de que en China aún manda el partido comunista, un partido comunista que prepara sus gestores en las grandes escuelas de ciencias empresariales del mundo pero que sigue aplicando un secretismo de cuño leninista, como explica Richard McGregor -hombre del *Financial Times*- en *El Partido*. En *China*, Blasco Ibáñez escribe: "Digamos como resumen que la China actual

es un organismo enorme y fuerte, pero falto de sistema nervioso, lo que le obliga a permanecer caído". Más de ochenta años después, el sistema nervioso de aquel antiguo imperio quizás sea esa insólita amalgama de economía de mercado y sistema autoritario tutelado por el partido comunista.

Desgajadas de *La vuelta al mundo de un novelista*, las páginas sobre China son una muestra del Blasco Ibáñez observador aunque de débil vigor cromático, al contra-

Por ahora, el nacionalismo chino mantiene, como en otras épocas, un rol cohesivo

rio de lo que podría esperarse. Ocurría en el año 1923, derrocado el último emperador, cuando se tambaleaba anárquicamente la república del doctor Sun Yat Sen, con tantos enemigos dentro como fuera. Blasco intercala información de manual con datos sobre la corrupción, las secuencias dinásticas, y cierta admiración por la meritocracia inspirada por Confucio y que daba al humilde la posibilidad de ser alto mandarín letrado. Por supuesto, el viajero recalca las dicotomías ya conocidas: Norte-Sur, Confucio-Laotse. unión-centrifugismo.

Ernest Fenollosa tiene el mérito de haber inspirado la visión china, de tanta idiosincrasia, que tuvo el poeta Ezra Pound. En el prólogo a su *Introducción a la cultura china* advierte Xavier Zambrano que Fenollosa nunca dejó que un dato le estropeará una buena teoría. En eso también debió inspirar a Pound. Sus incursiones en la gramática china han sido cuestionadas pero lo que perdura de su *Introducción...* es un sentido intenso de la síntesis histórica y cultural. A partir de los fundadores míticos de China, más allá de las edades de oro, fases de decadencia estética y política alternan con la anarquía y el esplendor de un imperio, a veces a merced del invasor. Confucio funda un regeneracionismo que prima a la sociedad sobre el individuo y modela un sistema administrativo que pretende fundamentar la armonía social, a semejanza de la estructura de la música. Llegan la tiranía Qin, la quema de libros y la Gran Muralla. Queda trazada la ru-

ta de la seda. Se afianza el budismo. El esplendor de la dinastía Tang genera una inusitada riqueza, literatura y la gran caligrafía china. Luego vendrá el auge de la pintura de paisaje, antes de las invasiones mongólicas.

Después de la república que conociera Blasco Ibáñez, con el último emperador recluso en la Ciudad Prohibida, los comunistas derrotan a los nacionalistas del Kuomintang -que se irían a Taiwán- y Mao Tsé Tung se hizo con el poder totalitario, con dos episodios atroces y de rasgos genocidas como el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural, con el aplauso de no pocos intelectuales de Occidente. Fue al morir Mao cuando comienza otra política económica, con elementos de libre mercado y propiedad privada -con un mercado inmobiliario-, una industrialización acelerada, hasta llegar a ser la economía con crecimiento más rápido del mundo, con un sistema autoritario que provocó la represión de Tiananmen, sin reformas políticas en el horizonte.

Como dice Richard McGregor en *El Partido*, definir el régimen chino actual, el modelo posmaoista, es un empeño casi imposible, pero subraya que lo que fuera el partido revolucionario hoy es un "Establishment" presente en todas las tomas de decisión, hermético, omnívoro. Su ideología es el poder y el nacionalismo chino de toda la vida, expansivo globalmente en su búsqueda de recursos naturales, con una nueva flota de submarinos nucleares, una extensa maquinaria política que controla toda la información y tiene satisfecho al ejército. Al mismo tiempo, el número de pobres, según el Banco Mundial, ha descendido en 500 millones entre 1981 y 2004. Una red de teléfonos rojos interconecta la "nomenclatura" china. Aún recayendo ambos cargos en la misma persona, es mucho más ser secretario del Partido que presidente de la República. El Partido -dice McGregor- está fuera y por encima de la ley. Nadie sabe cómo puede evolucionar, hacia la fragmentación o el modelo de sociedad abierta, por efectos del descontento o implosión económica. ¿Se llegará a un enfrentamiento abierto entre tradicionalistas del Partido y nuevos gestores del crecimiento?

Nunca faltará una sentencia confuciana. Los viejos mandarines venidos a menos que Blasco ve en Macao, en las salas de juego, precedieron esa *nomenklatura* que se afirma agresivamente en Davos o en el G-20. También hay allí un pueblo, inteligente, muy laborioso, tenaz. También puede ser una sociedad veteada de corrupción. En qué medida pueda recuperarse el sabio espíritu del mandarín es una de las incógnitas. Por ahora el nacionalismo chino mantiene, como en otras épocas, un rol cohesivo. Sus pasos son de gigante. |